

SOMBRAS DEL PASADO.

María Sorén



Capítulo 1

SOMBRAS DEL PASADO.

Esa mañana Alberto caminaba distraído por las calles de la colonia Condesa, llevaba en sus manos el periódico donde había marcado algunos anuncios de renta de departamentos. Debía encontrar algo pronto porque sería desalojado de su actual departamento.

Ansioso buscaba con la mirada los números de los inmuebles para encontrar el que tenía marcado, tan ocupado estaba en su tarea que sin fijarse dio de frente con otro hombre que también iba absorto en lo suyo, solo que lo suyo era la pantalla del teléfono celular.

— ¡Oh disculpe, es que estaba buscádo el número de un edificio de departamentos! — dijo al chocar con él.

— No se preocupe, yo también caminaba de manera descuidada... ¡Alberto! — exclamó contento el hombre.

— ¡Miguel! — dijo reconociendo a su amigo. De inmediato se fundieron en un afectuoso abrazo.

— Oye, vamos a tomarnos un café para que conversemos, hace tiempo que dejamos de vernos.

— ¡Sí, vamos. Realmente tenemos mucho de qué hablar!

Los dos se encaminaron a un pequeño café y permanecieron un buen rato en él contándose todos los pormenores de los últimos siete años en los que no se habían visto.

— Pues yo no me he casado, ya sabes que soy un tipo difícil. Y la verdad no hay mujer que me aguante.

— Sí, siempre has sido muy vago y sinvergüenza. Mi matrimonio fue el momento más feliz de mi vida, lo sabes porque fuiste mi padrino, desgraciadamente hace tres años enviude. Ella murió de una extraña enfermedad, simplemente se consumió ante mis ojos sin que yo pudiera hacer nada — dijo con la mirada baja y una inmensa tristeza.

— Lo lamento de verdad Miguel. Yo no estaba en la ciudad, me desaparecí por un buen tiempo y me desconecté de todos. Pero recuerdo

muy bien a Daniela, era una chica tan alegre y te quería demasiado.

— Lo sé, y yo me sentí tan impotente de verla morir en la cama que compartiéramos. Todos me dicen que debo de superarlo pero es muy pronto para ello. ¡Son apenas tres años!

— Supongo que así es, amigo. El perder a alguien querido de una manera tan repentina... — Comenzó a decir pero no continuó, la verdad no sabía cómo expresarle a su amigo que realmente lamentaba la muerte de su esposa. Así que decidió cortar la reunión. — Bueno tengo que dejarte, voy a ver un departamento porque me echan del que actualmente rento. Van a venderlo. — Se puso de pie para marcharse pero su amigo lo detuvo.

— Espera. ¿Por qué no vienes a mi casa? Tengo una habitación desocupada, vivo solo y puedes quedarte el tiempo que quieras, además no te cobrará alquiler. Creo que tu compañía me hará muy bien.

— Pues la verdad no despreciaré tu ofrecimiento, necesito un lugar donde estar mientras me organizo de nuevo. ¡Gracias Miguel!

—Ni hablar, somos amigos ¿no? — respondió entusiasmado, estrechando la mano de Alberto.

Tres días más tarde, Alberto se instaló en la casa de Miguel. Su amigo vivía en la colonia Condesa en la Ciudad de México, en una pequeña casa antigua, de los años 40s. La casa estaba decorada en estilo minimalista pero de muy buen gusto gracias a la esposa de su amigo. Era de dos plantas, las recámaras se encontraban en el segundo piso, su cuarto junto al de Miguel y había un baño al final del pasillo.

Alberto estaba contento de poder ahorrarse el alquiler y de estar con su amigo. Ambos se hicieron amigos desde la infancia y se estimaban, pero al crecer sus personalidades se hicieron marcadamente diferentes.

Pero esa noche, después de acostarse a dormir escuchó ruidos. Como si arrastraran muebles, y movieran objetos. Se incorporó en la cama y trató de identificar de donde provenían pero no pudo hacerlo así que prefirió dormirse, ya le preguntaría a Miguel al otro día.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban Alberto decidió comentarle a su amigo.

— Oye, no pude dormir bien anoche, había demasiados ruidos, como si arrastraran muebles y otras cosas.

— Ah, lo sé. Por desgracia tengo vecinos ruidosos, pero te acostumbras a

ellos, además después de un rato dejan de hacerlo.

— Espero que sí porque yo soy de sueño ligero y me gusta descansar bien.

— No te preocupes por nada. Disfruta de tu estancia — dijo con afecto y sin darle importancia a ése inconveniente.

También Alberto decidió no pensar más en el tema. Ambos terminaron de desayunar y se marcharon a sus respectivos trabajos. Sin embargo ésa noche los ruidos volvieron, despertándolo. Alberto molesto se levantó y salió al pasillo. Ahí escuchó de nuevo los sonidos pero le pareció que no eran los vecinos quienes los producían.

Éstos, parecían provenir de la primera habitación, subiendo la escalera al frente. Así que caminó hasta ella y pegó la oreja en la puerta para escuchar mejor, un nuevo ruido lo sorprendió y giró de prisa el picaporte. La puerta cedió, encendió la luz y solo encontró una acogedora recámara, muy limpia y arreglada como si alguien durmiera en ella. Observó todo pero no encontró nada raro, salvo un fuerte aroma a perfume femenino. Aroma que se le hizo conocido, pero no le dio importancia. Así que cerró de nuevo y se marchó a su cuarto a seguir durmiendo.

Dos noches más tarde, cerca de las dos de la mañana. Alberto terminaba un trabajo urgente en la computadora cuando volvió a escuchar ruidos, solo que ésta vez parecían provenir de la planta baja.

Molesto por no poder concentrarse se levantó y salió al pasillo, desde ahí escucho más movimiento, como si alguien revolviere trastes en la cocina. Estuvo a punto de preguntar quién andaba por ahí, pero escuchó el suave canturreo de una voz femenina. Eso lo sorprendió bastante. ¿Un intruso cantando en la parte de abajo de la casa?

Pensó en bajar para saber de qué se trataba pero se oyeron pasos suaves que subían la escalera. Alberto creyó que eran ladrones y estuvo a punto de regresar a su cuarto pero sorprendido vio aparecer a una mujer joven de cabello largo, lacio y negro. Vestía con una bata de cama blanca con volantes rosados y canturreaba quedamente. Sin prestarle atención subió al pasillo y entró a la primera habitación cerrando la puerta tras ella.

El hombre, inquieto y con miedo entró a su cuarto y echó el seguro a la puerta por dentro. Había creído reconocer a Daniela, la esposa de su amigo. Pero eso no podía ser, ella estaba muerta. ¡Llevaba tres años muerta!

Por la mañana, Alberto estaba nervioso y no sabía cómo decirle a Miguel lo que había visto ésa madrugada. No era fácil decir que había visto un

fantasma, ¿qué iba a pensar su amigo de él? Alterado llevaba ya tres tazas de café cuando el muchacho apareció en la cocina.

— ¡Oye déjame un poco de café! — exclamó divertido.

— Discúlpame, es que estoy muy nervioso. Necesito decirte algo que paso anoche.

— ¿Anoche? ¿Qué paso anoche?

— Pues... estaba trabajando en la computadora terminando un trabajo y escuche unos ruidos.

— Ya te dije que son los vecinos. Son sumamente ruidosos.

— No, no eran ellos. Los sonidos eran en la cocina y me asome al pasillo, entonces vi a una mujer subir las escaleras. Entró al primer cuarto, se encerró ahí.

— ¿Una mujer? ¿Estás loco? ¡No hay ninguna mujer aquí, a menos que hayas traído a alguien tú...! — dijo molesto.

— ¡No, no traje a nadie! — se defendió Alberto.

— Sí ésa mujer se metió al cuarto... — comenzó a decir enojado y sin más salió de la cocina. Subió deprisa al primer cuarto, Alberto subió tras él y ambos entraron en la habitación. Pero no había nadie en ella, solo un penetrante perfume femenino los recibió.

— Pensé que habías traído a alguien y estaba en este lugar. Aquí... aquí es donde Daniela murió, era nuestro cuarto — murmuró con dolor.

— De eso precisamente quería hablar contigo, la mujer que vi, estoy seguro que era Daniela, tu esposa. Sé que hace siete años que dejé de verlos pero yo fui padrino en tu boda y por supuesto que la reconocería. ¡Era ella! — exclamó atemorizado.

— ¡Alberto, eso no puede ser, ella está muerta! Aunque me gustaría que realmente fuera verdad. ¡La extraño tanto! — Se quejó de manera amarga.

— Miguel, este santuario te hace daño, incluso está impregnado del perfume que usaba ella...debes deshacerte de él — dijo preocupado su amigo.

Pero Miguel no dijo nada, simplemente guardo silencio y sin más bajo la escalera, tomó su portafolio y se marchó a trabajar. Alberto preocupado fue a su habitación, recogió sus documentos y también se fue.

Comprendía la tristeza de su amigo pero le parecía morboso tener ese santuario intocable.

Esa noche Miguel llegó de trabajar antes que su amigo. Entró a su casa, encendió las luces y se dispuso a cenar. Fue a la cocina y buscó en el refrigerador algunos alimentos. Pero de pronto escuchó el característico sonido de un mueble arrastrado por el suelo en su antigua habitación. Se quedó pensando un momento en que de nuevo los vecinos movían sus muebles como casi todas las noches.

Pero una voz femenina en un suave canto se oyó arriba, Miguel tuvo un leve presentimiento creyó reconocer ese canturreo. Sorprendido salió despacio de la cocina y poco a poco fue subiendo los escalones hasta llegar arriba. Se paró frente a la puerta cerrada y recargó sus manos y su rostro en ella como si acariciara la madera en un intento de sentir sus recuerdos.

Así escuchó la voz que ahora era un murmullo, lentamente bajó una de sus manos hasta el picaporte; lo giró y la puerta de su antigua habitación se abrió. En la oscuridad alcanzó a distinguir a alguien frente al tocador. Encendió las luces y encontró a su esposa sentada ante el espejo peinando su largo y lacio cabello negro, vestía la bata blanca y rosada que usara durante su enfermedad. El hombre se quedó quieto, petrificado, aterrorizado, no podía creer lo que sus ojos veían. Ella se volvió a hacia él sonriente y con una gran paz en su bonito rostro, él vio moverse sus labios como si dijera algo pero no pudo escuchar nada.

Sin poder contener por más tiempo su miedo, bajó corriendo las escaleras y cruzó la puerta hasta la calle sin preocuparse de cerrarla. Pasó casi una hora y él permanecía de pie en la acera, mirando la casa sin atreverse a entrar de nuevo. Ahí lo encontró Alberto, pálido y casi sin aliento.

— Miguel ¿Qué haces aquí afuera? — preguntó extrañado de la actitud de su amigo pero éste no le respondió. Lo único que hizo fue señalar la ventana de la estancia que daba a la calle.

Alberto volteó a mirar la ventana y encontró en ella a Daniela que los observaba atenta como si no comprendiera que les ocurría, el porque no entraban a la casa. Ambos se miraron sin entender la extraña situación. Alberto pasó saliva con dificultad y solo le hizo una señal con la cabeza, su amigo asintió y sin decir nada más ambos cruzaron la calle, ni siquiera se molestaron en cerrar la puerta de entrada que quedó completamente abierta y la casa sola.

Decidieron dormir en un hotel para calmar su inquietud y miedo. Pero mientras Alberto si durmió, Miguel no pudo pegar los ojos en toda la noche. Su mente repetía lo que había vivido horas antes, la imagen de Daniela con su rostro sereno, como si no estuviera muerta. Recordó todos

los ruidos que se escuchaban y que él achacaba a los vecinos. Y lo que su amigo le había comentado de haberla visto salir de la cocina y subir a su habitación. Sí, esa era su rutina. Todas las noches bajaba a la cocina a prepararse algún bocadillo para comerlo arriba. Era simplemente que ella seguía haciendo lo que acostumbraba en vida. Como si no se hubiera dado cuenta que ya no pertenecía a este mundo.

— Creo que es mi culpa, sí, es mi culpa. Soy yo quien no la deja descansar con esta tristeza y esa especie de templo que he construido en su alcoba. Pero ¿Qué debo hacer? Llevo tres años extrañando su presencia, su risa, su canto... le gustaba mucho cantar. Ahora comprendo ése canturreo que escuchaba a veces, es ella que sigue viviendo en nuestra casa. Sigue viva para mí, sin embargo no debe ser de ésa manera, es antinatural, morboso y hasta cruel. ¡Debo terminar con eso, sí mañana debo hacerlo! — se dijo a sí mismo con determinación pero también con dolor.

Al siguiente día cerca de las doce del mediodía regresó a su casa, por supuesto lo hizo solo, porque Alberto no quiso acompañarlo, seguía muy asustado. Subió a su antigua alcoba con cajas de cartón y amorosamente descolgó la ropa de su mujer y la guardo en una caja. Se acercó al tocador y puso en otra el cepillo con el que la viera peinarse, sus perfumes y muchas otras cosas que le pertenecieran a ella. Cuando termino llegaron los trabajadores de un asilo a donde había donado todo, bajaron los muebles, las cajas. Tras unas horas la habitación estaba vacía, nada quedaba ya que perteneciera a su esposa. Con pasos lentos se colocó en medio de la habitación y con sumo amor hablo al solitario cuarto.

— Daniela... Dani. Yo, no sé por dónde empezar... pero te diré que te amé mucho, mucho más de lo que podía imaginar. Nuestro matrimonio fue lo mejor que me pudo ocurrir. Pasar todos éstos años juntos me hizo descubrir una vida maravillosa, cuando moriste yo también morí un poco contigo. Pero ahora comprendo que por mis interminables lamentos, dolor y congoja no te he dejado descansar. Perdóname por favor, y vete. Vete al lugar en que debas estar y cuando sea tiempo me reuniré contigo, te lo prometo — dijo con gran emoción. Después salió del cuarto, cerrándolo con llave.

Desde ese día la presencia de la mujer no se sintió en la casa y Miguel jamás volvió a verla. Y Alberto por supuesto, nunca más puso un pie en la casa de su amigo.

